

## EL SER EXPECTANTE

*Todo lo que está suficientemente visto  
no puede sorprender a nadie*

**Vicente Aleixandre**

*A Juan Carlos Chamorro*

El hombre que está sentado en la cama, intentando despejarse, y con los pies aún helados, se llama Eusebio Doce. Hace un soplido que la alarma del teléfono móvil le ha despertado. Es un día normal y su apartamento de Lisboa está claro y frío, como si hubiera caído una nevada en el interior de las habitaciones.

No hay muchas novedades en su vida en los últimos tiempos, todo en orden, si es que acaso este orden de hoy día, esta supuesta disposición afable de las cosas, no es la más desasosegante de las conspiraciones desde el asesinato de JFK o, hablando más de cerca, desde la bendita chupada de Mónica Lewinsky en un rinconcito del Despacho Oval. Así es el orden actual: infinitamente impertérrito y edificado en las secuencias lógicas. A Eusebio Doce, como a todos, más o menos, le reconfortan las secuencias lógicas: la hora del café, la ducha caliente, la *radiofórmula* bramante, la lazada rápida de los cordones de los zapatos.

Mientras se termina de ajustar el cinturón, Eusebio Doce se mira al espejo de la habitación y piensa, sin saber muy bien por qué lo piensa, que en el fondo los días están pasando sin el eco previsto. Pero eso le pasa un poco a todo el mundo. ¿Quién sale victorioso del juicio con uno

mismo? Quizás sólo Berlusconi o gente así, personas con bastante correa y con muchas ganas de cachondeo. Los demás, ya se sabe, únicamente somos seres expectantes.

Eusebio Doce termina de echarse un poco de agua en el pelo, se seca las manos con una toalla áspera, recorre unos pasos hasta llegar al perchero de la entrada, coge el abrigo y se lo coloca. Recoge las últimas cosas de la mesa de la entrada del apartamento (las llaves, un paquete de chicles, un mechero y la cartera), antes de apagar el interruptor del pasillo y cierra la puerta de la calle con las dos vueltas posibles que tiene la cerradura.

Como todos los días, marcha al trabajo, a su oficina de promoción del empleo en la otra punta de la ciudad, en la Rua Pascoal de Melo. Recordaremos que este hombre, que se mira con atención el rostro en el espejo del ascensor, se llama Eusebio Doce. Añadiremos, llegados a este punto, que todos los días laborales coge el tranvía número 18 desde la parada de Boa Hora a las ocho y cuarto, todos los días más o menos igual. A veces –muy pocas- lo pierde porque se adelantó el tranvía o se relajó él un poco en el trayecto hasta la parada o en las rutinas de la mañana.

Las contadas veces que esto ocurre, al aproximarse a la parada, ve cómo el eléctrico se aleja con recochineo, calle abajo, como si fuera una procesión que va a surcar el mismísimo invierno en el barrio de Ajuda. Seguramente, Eusebio Doce no tiene situación cotidiana que más le enoje que esperar otro cuarto de hora cuando pierde el tranvía de las ocho y cuarto.

Tiene un paseíllo de unos diez minutos desde el portal de su casa hasta la parada de Boa Hora, donde siempre coge ese tranvía que le lleva al centro de la ciudad. Esta mañana ha salido un pelo más apurado, pero tampoco denota ningún tipo de agitación. Para Eusebio esa rutina que acepta todos los días supone aceptar el oficio de estar vivo. El tranvía a las ocho y cuarto, por ejemplo, es una más de las inserciones que Eusebio Doce hace en él mismo durante la mañana para ir reconociéndose como Eusebio Doce.

Sin embargo, lo que él no sabe es que si en esta mañana de invierno invertebrado, coge el mismo tranvía que todos los días, un inesperado infortunio lo llevará a la muerte. Tal vez una refriega o un accidente, un atentado, alguien que asalte el vehículo, una visión demasiado imprevisible que le provoque un colapso o un infarto, un inexplicable cambio de presión, un fallo en unas maniobras del ejército, una muerte súbita, un fortuito escape de gas de algún escondrijo en el motor del eléctrico, un conductor borracho que venga de frente, un loco que se quiera suicidar en compañía de otros, un cortocircuito en la red superior, una persecución policial que acabe en un titular de prensa, qué sabemos, mil cosas pueden ocurrir. Pero lo única certeza es que si Eusebio Doce llega a tiempo a coger el tranvía de las ocho y cuarto, como la mayoría de los días, su tiempo estará agotándose sin compasión alguna.

Ni que decir tiene que él no se imagina ni de lejos la existencia de esa piedra desajustada en los cimientos de su destino.

Apenas son las ocho y cinco y Eusebio Doce ya está en la calle. Tira de la puerta del portal con infinita paciencia y se queda anclado algún instante en el chirrío solemne que ésta hace todas las mañanas. La mismísima puerta del mundo, piensa Eusebio Doce, ya ajada y sin dejar de ser la misma puerta. Cuando finalmente sale a la calle, una descarga de aire desnudo le hace arrebujarse en el abrigo. Mira el reloj (no es ni tarde ni temprano) y emprende el trayecto diario con paso ligero.

Como todos los días, lo primero que siente es el rumor venidero de la Travessa de Boa Hora, la avenida que está encima de su casa y que tiene tanto colorido como un tendedero de Lisboa. Tiene que atravesar una especie de patio destartalado, repleto de yerbajos azules, que conecta su portal con las escalinatas que le elevan hacia la propia avenida.

Ese patio fueron las primeras vistas de Eusebio Doce, cuando era niño. Al caer la tarde esperaba que su padre llegara de la lonja mirando por la ventana de la sala de estar hacia ese mismo patio. A veces, llegaba con

pasteles y no fueron pocas las ocasiones donde Eusebio, muy niño, lo veía atravesar escondiéndose la caja de cartón debajo del abrigo para sorprender a la familia. Él, pese al descubrimiento, siempre se hacía el sorprendido cuando su padre le llamaba a la cocina.

Los años pasaron y Eusebio Doce hizo de ese patio, que compartían tres edificios con aire pobretón, su mapa vital. Estaba siempre abajo con Manuel y con Marsala, con Bruno, con Cuesta, con todos los demás. Eran los auténticos capataces de la urbanización. Ese patio, ese callejón pisado tantas veces, era el escenario donde había forjado su pasado, su manera de ser y sus manías. Había jugado al fútbol, con algún que otro cristal damnificado; había plantado geranios con su abuelo João en los parterres descuidados que se apostaban justo en uno de los extremos; había leído *La isla del tesoro* debajo de la higuera pálida que ahora estaba sin hojas...

Pero también fue en ese patio donde su padre le dijo, al salir a la calle una noche de verano a fumar un cigarro, que estaba enfermo, muy jodido, hijo, muy jodido, y que la cosa se podía poner difícil. "Pero habrá que echarle huevos", y, mientras, le sonreía con bondad, mientras el humo se le escapaba de la boca como si estuviera desterrando a un espíritu, "nosotros no somos de esos que nos rendimos a las primeras de cambio..." No hay día que Eusebio atravesase ese patio donde no le venga a la cabeza la cara de su padre, mirando el cigarro que fumaba con rencor, pero sin dejar de fumarlo, apretándole el brazo, como dándole la alternativa, y sabiendo cambiar de tema antes de que él, con poco más de quince años, comenzara a avasallarle con preguntas. Las preguntas nunca sirven para nada.

Los recuerdos le puntean el andar a Eusebio, mientras repara en las baldosas descolocadas del suelo, brillantes por el frío, como si fueran un *puzzle* mal compuesto. La escalera que conecta el patio con la Travessa de Boa Hora, desde lejos, siempre le pareció el camino hacia una atalaya inaudita. Desde bien pequeño le brotaba una sensación extraña cuando tenía que subirla. Es como si al subir los peldaños se adentrara en otro

mundo, quizás más hostil, más propio de un explorador o de un cobrador del frac. Es como si Eusebio Doce, después de subir las escaleras, se convirtiera en Magallanes recortando la Tierra de Fuego y sintiendo el viento austral y paladeando que el planeta tiene otro olor en las otras latitudes.

De cuatro zancadas sube los escalones. Cuando llega a la cumbre, la escalera se va convirtiendo en un jardín repleto de botes de refrescos y bolsas de patatas y otros *snacks*. Un perro está orinando en el jardín, sin dueño. Eusebio le silba y el perro, entonces, se yergue como un centinela y adquiere una actitud libre e intelectual, como si fuera como uno de los leones que custodian la Biblioteca Central de Nueva York. Esos leones, recuerda Eusebio, tenían una actitud tan altiva que parecían haber leído todos los libros de la biblioteca. Esta imagen le aviene a Eusebio Doce porque el verano pasado viajó a Nueva York una semana con la que era su prometida, Valeria Santos.

En ese viaje del diablo, después de cinco años juntos, se empezó a dar cuenta que tenía que elegir entre el aburrimiento confortable o la soledad expectante. Y acabó eligiendo lo segundo. Eligió la soledad, pero la soledad esperanzadora que tienen los hombres que leen mucho textos de António Lobo Antunes o de Rilke y que se acaban dando cuenta que la melancolía que causa esa soledad elegida tiene algo de patria. Aunque en el fondo todo eso sea un engaño, una quimera muy bien contada, según ha ido comprobando Eusebio. Esa patria no es la soledad en la que uno se mete y echa el cerrojo, no, esa supuesta patria es la espera, el estado de espera paciente que uno elige como forma de pasar la vida. La soledad expectante es un pasatiempos como otro cualquiera.

El día está recién comenzado y la Travesa de la Boa Hora ya comienza a latir como una espalda de un deportista. La frutería de la señora Amalia ya está abierta. A Eusebio Doce le entusiasma reconocer el olor de los pomeles frescos y de las cajas de naranjas sin empezar. Las frutas a esa hora, aún caladas por el relente de la noche, brillan como si hubieran estado untadas por una capa de barniz transparente.

Saluda a un par de amas de casa que son todas las mañanas, desde que el mundo es mundo, las más madrugadoras a la hora de comprar las provisiones del día. Después de saludarlo, le dicen que hoy toca abrigarse, que el frío ya ha entrado con fuerza y Eusebio Doce contesta que ni lo diga, que parece que lo bueno ya se ha acabado.

La situación le hace evocar los días en los que acompañaba a su madre a hacer la compra, antes de ir al colegio. Se ponía morado en ese bendito tránsito. En la frutería le daban una manzana roja o una mandarina grande; en la charcutería siempre le ofrecían una loncha de chorizo; en la pescadería un trocito de bacalao todavía sin desalar. Chupaba el bacalao hasta que le entraba mucha sed y era entonces cuando se comía la pieza de fruta. Esos ritos, ahora que repasa en ellos, quizás sea lo que mejor describa aquel estado de felicidad.

Si Eusebio Doce coge, como todos los días, el tranvía de las ocho y cuarto su tiempo se estará agotando.

A pocos pasos de la frutería está la *Pastelería Cantinho*. A esta hora los parroquianos ya comentan el último traspies del Benfica en Da Luz. Eusebio Doce ya está oyendo las voces del camarero, Alejandro Alves, siempre quejándose de alguna cosa, especialmente de fútbol, mientras sirve cafés y copas de brandy *Macieira* para la cuadrilla de trabajadores que están liados con la reforma de la escuela 60.

La escuela 60 está dos calles por encima de la Travessa de Boa Hora. Es una escuela que parece una iglesia. Parece que, hace mucho tiempo, sí lo fue. Una iglesia callada y desconocida en el barrio de Ajuda. Un sitio lugar tan inocente que apetecería hasta casarse. Sería una iglesia humilde (sin ninguna fanfarria y tan noble) que acabó siendo una escuela con la fachada azul. En esa escuela donde los niños se dejaban atrapar por el primer aire de Lisboa sería un buen sitio para que el poeta brasileño, Carlos Drummond, volviera a escribir eso de que su corazón es tan pequeño que ni siquiera es capaz de acoger sus propios dolores. Eusebio Doce pasó la

mitad de su infancia en la escuela 60. Le gustaba dibujar paisajes con ríos, escribir en la pizarra con tiza, correr como un loco en los recreos. Sobre todo eso, correr como un loco en los recreos.

Empieza a acelerar el paso, pero brevemente, aún sin derivar en el trotecillo que suele utilizar alguna que otra mañana cuando sabe que va tarde de verdad. Sin embargo, cuando llega a la altura del bar se detiene brevemente y desde la puerta pregunta al camarero si ha tocado algo de la apuestas futbolísticas de la semana que echa con la peña desde hace más de quince años. "Sí, sí, Eusebio, nos ha tocado a todos una pasta. Por eso estoy aquí como un cabrón poniendo cafés". Esto es lo que le dice Alejandro, muy mosca hoy, seguramente porque el Oporto ya se ha destacado en la clasificación de la liga o, seguramente, porque en verdad puede que ya esté muy cansado de poner cafés.

Eusebio Doce, que no es muy futbolero pero entiende bien la pasión de los que sí lo son, como respuesta, le dedica una broma y una pequeña sonrisa, y le dice que no se preocupe, que la semana que viene todo cambia, "hasta vamos a enganchar algo de las apuestas, acuérdate lo que te digo". Ésta es la frase que le dice Eusebio Doce a Alejandro, mientras se está yendo, asomándose brevemente por el umbral de la puerta. Las palabras amables de Eusebio le colocan a Alejandro una sonrisa socarrona en la cara, no displicente, pero sí con un hálito de esperanza o de resignación, si es que acaso la esperanza y la resignación no son la misma cosa.

Faltan menos de cinco minutos para que den las ocho y cuarto y todavía le falta un trecho de avenida para llegar a la parada, que todavía no se distingue apenas. Pasa por la tienda de colchones y de ajuares de toda la vida y recuerda que tenía decidido comprar un colchón. Mira de reojo los precios y hace cuentas mentales. Recuerda, a colación, que también tiene que ir al banco a hablar con Margarida Lavalle a ver si le suben un poco el interés de su plazo fijo. Esta reflexión le cambia un poco el gesto a Eusebio: no es él un hombre muy hábil para hablar de dinero, siempre le cuesta y se esfuerza demasiado por no tener una imagen de pesetero. No hay

cosa que más le aterre a Eusebio Doce que alguien le pueda considerar un hombre tacaño.

El reloj de Eusebio continúa su tránsito cadencioso. Sus pasos son un temblor que reflejan los escaparates.

Pronto se le olvida a Eusebio el tema del banco y vuelve a reparar en el colchón. Tiene que hacerse una cama más cómoda. Son muchos años con el mismo colchón, ya tan irregular que parece que está durmiendo sobre el círculo de piedras que rodean a una fogata.

La noche anterior durmió mal, dando vueltas y más vueltas. Al principio tenía frío, luego más frío, hasta que finalmente puso otra manta más, y entonces tenía demasiado calor. La noche salió reflexiva y pasó lo que pasa en las noches reflexivas: que la oscuridad de la habitación se fue aclarando hasta que pudo ver todo perfectamente, sobre todo las cosas que no había hecho a tiempo, las cosas que se habían quedado pendientes. Suele pasar muchas veces: las ansias de la expectación, a veces, se ponen a vibrar en el hilo del insomnio.

Cuando cogió, por fin, una hebra de sueño, los operarios del servicio de limpieza, como todas las madrugadas, comenzaron a regar las calles. Hablaban alto sobre sus cosas, conversaciones banales, pero que de tan bien urdidas y enlazadas parecían estar soportando un amplio secreto. Así que, se podría decir que Eusebio Doce no escuchó lo que decían las palabras de los operarios, escuchó más bien el interior de sus palabras, el reverso de su anatomía. Se dio cuenta que las conversaciones más banales también están erigidas sobre la vigencia de la palabra, que, como dijo un poeta, son seres milenarios.

Se podría decir que lo que verdaderamente escuchó Eusebio fue el tambor atávico de las palabras, dichas ya desde mucho tiempo, escuchó la vida propia que éstas tienen. Y en ese eco, el bueno de Eusebio Doce, algo de compañía sí encontró, esto es seguro. Cuando las frases y las mangueras

de los operarios se habían alejado tanto que ya sólo eran un leve murmullo sintió una fuerte desazón y, de nuevo, la duermevela se alargó durante largo tiempo.

Puede que los días, al fin y al cabo, no hubieran levantado el eco previsto. Eusebio Doce siempre ha dormido en esa misma habitación. Él todavía vive en el piso de sus padres, pero sus padres ya no están. Tampoco su hermana Elena. Su madre se había mudado a Oporto a vivir con su hermana; y su padre, bueno, ya estaba más lejos. En realidad, en su día a día, no les echaba de menos. O eso piensa él, aunque seguramente cuando alguien añora verdaderamente no es capaz de sentirlo o, mejor dicho, de comprender ese sentimiento.

A Valeria sí nota que la extraña más. De vez en cuando le escribe un *mail* con algún poema de Austin Cornjack, de Eric Veer, de alguno de esos autores que él sabe que emocionan a Valeria. También, de tarde en tarde, le envía alguna canción evocadora, recordando algún capítulo especialmente tentador. ¿Quiere Eusebio Doce volver con Valeria? No. O no lo sabe. Para él esos signos de afecto son los pasajes de una historia que ya siempre se estará escribiendo, aunque ella escribir escribir, ya le escribe poco. En realidad sólo le contestó uno de los correos para decirle que tenían que verse con urgencia, para discutir lo que es una pareja y lo que no es una pareja, según le dijo. Eso fue el contrapunto de Valeria a la teoría de Eusebio: la teoría de lo acabado inacabable. Ella se tuvo que cuadrar y dejárselo muy claro: si se decidía a dejarlo, no había luego jueguitos ni trivialidades, tampoco sexo esporádico ni llamadas o mensajes de móvil después de haber salido con los amigos los viernes a los bares de la Rua Rosa. “¿Y si me ves por la calle?”, le dijo ella en aquella cita burocrática, “prefiero que te hagas el tonto”.

Durante las noches, en algunas noches, es donde Eusebio Doce extraña más a Valeria Su anatomía esquiva, su olor lactante y el color de su melena rojísima decorando la almohada. Después de todo puede que lo que quede del amor sea el recuerdo de una mujer desnuda buscando su ropa inte-

rior debajo de la cama. No es mucho, puede que no, pero puede que sea todo, puede que ese recuerdo encierre el pulso entero de toda una vida.

Ni que decir tiene que el insomnio de Eusebio Doce, como el de todo hijo de vecino, es un insomnio diseñado para ajustar cuentas pendientes. Sin embargo, las ojeras de esa batalla son la única recompensa que suele obtener. Acaso sus ojeras a la mañana siguiente se convierten en fervientes penitencias. Y es que por mucho que Eusebio, o cualquiera, se quede sin dormir en las noches, la vida es la que es, los dados ya se echaron a rodar y eso es irremisible. En el transcurso de esas noches de tribunales fantasmagóricos y espejos, suele faltar visión, o el buen humor, al menos, para decir 'aquí estoy yo' y 'yo soy pues ése que hizo lo que pudo'. Pero, es verdad, que muchas veces refugiarse en el fracaso es una forma de poder seguir vivo en la presión de los sentidos.

Eusebio Doce, cuando habla con otros a los que les ocurre esto, siempre opina con cierta chanza que lo mejor es levantarse y conectar la tele: buscar los resúmenes del día, las tertulias de cinéfilos, la publicidad de los alargadores de pene, los concursos de llamadas. Probar suerte, quién sabe, y llamar para integrarte en la discordia y en el engaño. No hay terapia más eficaz para integrarte en esta época que la de probar de cerca el sabor de una mentira.

Sin embargo, él nunca hace eso. Recurre a la opción B: conectar la radio y morir de pena escuchando lo jodida que está la gente, los verdaderos conflictos existenciales que tiemblan en nuestra época. Se suma a ellos. Incluso, cuando le da el punto, dedica una canción en las ondas a Valeria, aunque bien sabe que nunca la escuchará. Las noches en vela motivan cosas así...

Se suele enamorar sin remisión de la voz de la locutora, el único ser cuerdo que está despierto en la noche doliente. La locutora de radio es, para Eusebio, el ser celestial de los taciturnos, de los sufridos insomnes, de los hijos del éxito que no llega, de esa gente que se ha quedado sola y en-

gañada. No conoce Eusebio Doce mejor himno de los desamparados que ese programa de radio de dos a seis de la mañana.

Eusebio Doce se quedó definitivamente dormido después de recordar la conversación en un garito de Tribeca con Valeria, en ese viaje ya mencionado a Nueva York. Aquella noche, en cierta forma, se quitó una máscara muy agarrada. Le dijo que si acaso ella no creía que este tiempo que nos ha tocado vivir no era una putada. Le preguntó que si ella se sentía vacía por dentro. Pero no “vacía” con tono inocuo y oficioso, no, no, nada de eso, “vacía” de verdad. Inerme, inútil, tal vez. Que si ella se había planteado que nuestra generación era únicamente un eslabón más de la burocracia, entiendes, de la burocracia.

Oh Dios, mientras Eusebio peroraba moviendo mucho las manos, los ojos de Valeria no se cerraron ni dijeron nada, únicamente se apagaron e impusieron en la ciudad de Nueva York una oscuridad mayor y más desalmada que la que soportó la noche del 13 de julio de 1977, cuando todo el tendido eléctrico se vino abajo.

Valeria, por lo pronto, no se anduvo por las ramas y le contestó con cansancio: “Eusebio si lo que quieres es abandonarme, si estás aburrido de mí, sólo sé valiente y dilo sin tantos rodeos. No sigas hablando de esa forma: pareces un cura con mala conciencia”. Eusebio se quedó callado y se sintió una persona importante, un cura es una persona importante, al fin y al cabo, se sintió como un actor rodando la última escena de un futuro éxito de taquilla. Luego se miraron en silencio, ya sin abatimiento, y ahí quedó la cosa.

¿Cuánto da de sí una vida? ¿Acaso un paseo rutinario en búsqueda de un tranvía es suficiente para albergar toda su esencia? Eusebio se embelusa con el cuadro de su vida todas las mañanas. Y su vida no es otra que esa misma calle que ha recorrido en todas sus direcciones más de treinta años. Esa mañana en el mundo no ha cambiado. Los camiones de descarga siguen invadiendo el canto de las aceras y los mozos de descarga discuten

con los conductores con más prisa. En la zapatería, Rui Tormo pone un par de zapatos lóbregos en la horma y ajusta la presión con una manivela tan vieja y tan habitual que a Eusebio Doce le sugiere que es la llave del tiempo, la prensa de los días.

¿Quién, en su sano juicio, puede negar que esa manivela que ajusta con justicia la horma de los zapatos, esa manivela en la que Eusebio Doce repara todas las mañanas, no es en verdad un artilugio que podría enviar su destino por una senda o por otra?

Ya al fondo de la calle Eusebio ve el cruce de la Travessa de Boa Hora con la Rua Vasco de Gama, la confluencia que marca el barrio, la cruz que Eusebio marcaría en un mapa para explicar a un turista dónde se tendría que bajar para ir caminando hacia el Palacio de Ajuda. Unos pasos más allá de la confluencia está la parada del tranvía 18, con bastante ambiente de esperadores, currantes y viejas encapotadas en esa primera hora del día donde la ciudad ya empieza a verter su incandescencia en la intuición del río.

Porque Lisboa es una ciudad sobre una delta que ya ha conquistado el mar. El espejo iridiscente en el centro de Portugal. Es la ciudad de Eusebio Doce, donde siempre ha vivido. A él le gusta decir que él ha visto el corazón de Lisboa, que no sabe escribirlo, pero que conoce el candor de la ciudad. Aunque, a veces, de tanto en tanto, le sobreviene la tentación de abandonarla y de irse a vivir también a Oporto con su hermana y con su madre. En el trabajo lo trasladarían con facilidad y allí las ayudaría más con sus sobrinos, que viven entristecidos desde el divorcio de sus padres.

El tiempo pasa rápido. Ya hace más de cuatro años que Elena y su cuñado se separaron. Fue entonces cuando su madre se fue a vivir a Oporto y lo dejó solo. Sí que es verdad que, aunque Eusebio Doce entendió perfectamente la decisión de su madre, le costó acostumbrarse a vivir sin nadie en el piso de la familia, que era un escenario de trasiego y de palabras.

Si Eusebio Doce tiene una debilidad mayor que la de su hermana, ésa es la de sus sobrinos, a los que adora. El próximo fin de semana tiene pensado ir a verlos y les ha comprado a los tres regalos y cajas de bombones. Ya tiene billetes de tren para viajar el viernes por la tarde en cuanto termine de trabajar. Las semanas que tiene planeado ir a pasar el fin de semana a Oporto se le hacen mucho más cuesta abajo, porque la motivación del viaje y de compartir tiempo con los niños es algo que verdaderamente le alegra la vida.

Ya está muy cerca de llegar al cruce y de poder ver con nitidez la parada del tranvía, la cola de los pasajeros, el baldaquín de metacrilato donde estarán guarecidos, muy juntos en los días de frío, los que esperan que el tranvía llegue descolgándose por los cables de metal que sostienen los eléctricos de Lisboa. Va justo de tiempo y en cualquier momento podría ver cómo el tranvía gira la esquina de la calle Vasco de Gama y se mete en la Travessa de Boa Hora, como un vehículo de otro tiempo, muy cansado, camino de Cais de Sodré.

Si Eusebio Doce coge, como todos los días, el tranvía de las ocho y cuarto su tiempo se estará agotando.

Cuando está a punto de llegar al cruce le llaman por atrás. "Hombre Eusebio", le clama una voz muy familiar que le obliga a darse la vuelta. De una cochera está saliendo un hombre mayor dando brazadas, eufórico e infantil. Eusebio muy pronto reconoce que es Antonio Lopes, el que era el mejor amigo de su padre. Hacía más de dos años que no se veían. El sentimiento de alegría y el de inoportunidad chocan dentro de Eusebio. Duda si acercarse a hablar un segundo con Antonio o saludarlo con el brazo y hacerle un gesto que aduzca que va muy tarde. Sin embargo, no hay casi tiempo para el florecimiento de la duda, porque Antonio, que sigue teniendo ese buen aspecto que tienen los jubilados que hacen mucho deporte, se ha bajado del coche, que tiene casi medio morro ya metido en la calzada.

Eusebio Doce se deja llevar por la emoción de Antonio. Le da un abrazo, noble y atlético, y le dice que lo ve mejor que nunca. Intercambian tres o cuatro frases muy sentidas, repletas de prisa, donde se ponen mínimamente al día sobre la vida de cada cual. Antonio sigue compitiendo en maratones con más de setenta años y su hija, Elisa, tuvo hace dos semanas su primer hijo. Ay Dios, Elisa, la niña blanquísima, la niña con la que dormía cuando sus padres iban a cenar a casa de Antonio, la niña con la que descubrió la anatomía de la mujer debajo de una mesa con sallas. “Dale muchos recuerdos y un abrazo muy fuerte”, le dice Eusebio Doce. “Lo que tienes que hacer es ir a visitarla y dárselo tú. No hay cosa que le daría más alegría que volver a verte”. Mientras ocurre esta conversación, el tiempo sigue pasando, la vida sigue recorriendo su cauce sorpresivo, segundo a segundo, el ritmo invariable del reloj avanza hacia las ocho y cuarto de la mañana.

En pleno embeleso, Eusebio Doce repara en que debe ser tardísimo y mira hacia la parada para comprobar que todavía no ha llegado el tranvía, aunque debe estar a punto de aparecer. Distingue en la parada a Marsala, uno de sus amigos más queridos, con los que muchas veces coincide en el mismo tranvía, dependiendo del turno de trabajo que tenga su viejo camarada. Cuando esto sucede, van hasta Cais de Sodré juntos, hablando y riendo y haciendo planes para alguna noche de la semana.

Eusebio Doce no contaba hoy con coincidir con Marsala en el eléctrico, y el comprobar que sí está, le provoca una gran alegría. Además, hoy Eusebio tenía pensado llamarle porque quería pedirle que le trajera de la tienda de deportes donde trabaja un par de aletas de buceo para uno de sus sobrinos.

El coche de Antonio Lopes empieza a obstaculizar el tráfico y esto hace que éste no se enrolle evocando los tiempos de antes. Abraza a Eusebio Doce a modo de despedida. “Que no pasen otros dos años para que nos veamos, carajo, que vivimos al lado”, le dice Antonio a Eusebio. “Que veo más a tu padre que a ti”. Y, al decir esto, una melancolía subversiva atrapa a

Antonio para evadirlo una milésima de segundo en una caterva de recuerdos que seguramente concentran toda su juventud. Acaba meneando la cabeza con gesto resignado para salir de esa hipnosis. "Voy a ver al viejo casi todos los meses al Cementerio de Placeres", le acaba diciendo Antonio a Eusebio, con voz débil, como quien está legando una confidencia. Eusebio acaba esbozando una sonrisa llena de acogimiento. Se miran, se cogen las manos y se despiden. Y cada uno se da la vuelta a la carrera.

Eusebio Doce, al girarse, ve cómo el tranvía ya ha llegado a la parada. Está aún un poco retirado. A otra hora del día es seguro que no lo cogería, pero a esa hora de la mañana la cola es larga y los pasajeros están entrando cadenciosamente en el eléctrico. Como un resorte, Eusebio se pone a correr como un loco, igual que hacía en los recreos cuando era niño. Marsala ya ha entrado en eléctrico y no ha reparado en la carrera de Eusebio por lo que no le podrá decir al conductor que se espere.

Los segundos caen como el plomo encima de la hora de la parada, que marca ya casi las ocho y dieciséis.

El hombre que corre como alma que lleva el diablo se llama Eusebio Doce. Todas las mañanas, con poquísimas excepciones, coge ese mismo tranvía. Pero si esta mañana coge el tranvía que ahora mismo está terminando de embarcar a los pasajeros de la parada de Boa Hora irremediablemente morirá. Tal vez debido a una refriega o un accidente, un atentado, alguien que asalte el vehículo, una visión demasiado imprevisible que le provoque un colapso o un infarto, un inexplicable cambio de presión, un fallo en unas maniobras del ejército, una muerte súbita, un repentino escape de gas de algún escondrijo en el motor del vehículo, un conductor borracho que venga de frente, un loco que se quiera suicidar en compañía de otros, un cortocircuito en la red superior, una persecución policial que acabe en un titular de prensa, qué sabemos, mil cosas pueden ocurrir.

Eusebio está a punto de alcanzar el tranvía. El conductor del eléctrico ya ha cerrado las puertas. Al mirar por los retrovisores repara en la carrera

desesperada de Eusebio Doce. Marsala también le ha visto y le está saludando cálidamente, como dándole ánimos desde su asiento. El conductor del tranvía suele ser implacable con los pasajeros tardones y sólo en contadísimas ocasiones abre las puertas del vehículo una vez que ya las cerró. Sin embargo, ve tanto dramatismo en la carrera de Eusebio Doce que se lo piensa. El conductor duda si retener unos segundos más el tranvía y abrirle la puerta o, por el contrario, desactivar el freno y dejar que el eléctrico emprenda de nuevo su ruta. El conductor duda y Eusebio Doce corre como un loco, con la misma vitalidad que corría cuando salía al patio del colegio en la hora del recreo. Es como si se hubiera convertido en Ulises, y el tranvía número 18 en las mismas puertas de la ciudad de Ítaca. Sólo nos queda desearle toda la suerte del mundo.